

HENRIQUE GONZALEZ CASANOVA

## LA UTILIDAD NACIONAL DE LA CARRERA DE PERIODISTA

*¿Qué sentido tiene esto?*

¿Qué sentido tiene que en una Universidad se inquiera sobre la utilidad nacional de una —o de varias— de las carreras que en ella se enseñan? ¿Corresponde a la Universidad satisfacer fines utilitarios, así sean de índole nacional? Y si ello es así, ¿cómo medir la utilidad? Por lo pronto, la utilidad puede tener, tiene, una connotación inmediata, y la puede tener mediata. ¿Nos referimos a las dos al formular la pregunta incluida en el enunciado primario de esta charla? Es lo más probable, dado que hablamos de la utilidad de una carrera en vista de una nación, de una comunidad de hombres unidos por problemas comunes.

¿No será otro el fin de la Universidad que el de ser útil? Al principiarse este siglo, o al terminar el XIX muy probablemente los universitarios hispanoamericanos se habrían inclinado por contestar que la Universidad no tenía un propósito utilitario. Esto no puede extrañarnos hoy, al mediar el siglo, porque hubo ciertamente en el XIX un abuso del concepto de lo útil, alentado por las filosofías pragmáticas. La poesía, por ejemplo, el arte, la ciencia, pudieron señalarse como actividades inútiles del hombre, en la medida en que no se advertía en ellos una función causal inmediata para satisfacer necesidades inmediatas, perentorias, concretas. Pero hoy día no es posible pensar que el concepto de lo útil sea tan estrecho<sup>1</sup> y, sin embargo, cabe explicar por qué es útil, para la nación, una carrera determinada.

No está mal que sea así. Quien tiene que hacerlo podrá matar dos pájaros de una sola vez: explicar al lego la función social de una actividad

<sup>1</sup> Pese a la verba común que confunde el término humanismo, es evidente que la cultura contemporánea está más impregnada de humanismo que la de generaciones inmediatas anteriores.

determinada, con el objeto de que la tolere —si no logra llegar a comprenderla— y cambiar con el iniciado algunas reflexiones sobre el sentido que dicha actividad tiene, desde un punto de vista, acaso ético, con respecto al hombre y su sociedad.

No puedo menos, sin embargo, que preguntarme en voz alta si es vano, si es inútil tratar de responder a la pregunta y, sobre todo, si ello implica acceder al enjuiciamiento exterior de quienes concurren —directa o indirectamente— al sostenimiento de la institución universitaria y dudan sirva para algo y, en la duda, se inclinan vehementes por la negativa. Pero prefiero asegurar que la pregunta corresponde a un deseo genuinamente universitario de saber, de conocer —si bien en el caso sea el propio ser de la Universidad—, de saberse, por tanto.

Mas tampoco podemos ignorar que vivimos en un tiempo de explicaciones en el que no valen los supuestos, ni los presupuestos; en un tiempo en el que —ya lo preveía Machado hace unos treinta o cuarenta años— es preciso ser obvios.

Pero ¿por qué hay que ser obvios? ¿Por qué hay que explicar, v. gr., la utilidad de que una serie de conocimientos, que constituyen una carrera, se impartan en la Universidad? ¿Acaso por justificar la existencia de la misma? ¿Cabría entonces preguntarse por la utilidad de ser periodista? ¿O por saber si esta carrera merece enseñarse en el recinto universitario, o si es posible que la Universidad la enseñe? Tal vez; lo más probable es que se espere de todo esto un poco. No obstante, pienso que la pregunta es muy propia de nuestro tiempo.

Nunca como ahora ha estado el hombre en un estado tan permanente de enjuiciamiento del ser mismo, propio, por el ser ajeno; nunca quizá la mirada del otro se ha sentido tanto sobre la propia piel, que se eriza, hipersensible, ante tan insistente mirada. Nunca como ahora cabría lanzar a los cuatro vientos el vivo grito mexicano de ¿qué me ve? Pero, ¿acaso serviría gritar? —si nunca como ahora se ha gritado tanto, porque nunca antes, tampoco, se había sentido tanto la culpa de ser; ni se nos había hecho sentir tanto la culpa de ser— o de no ser, que es lo mismo. Y ya, exasperados, gritamos que somos o que no somos, en lugar de pensar, cuando sería preferible, y en lugar de hablar lo que pensamos y de decir y hacer. Será bueno ser obvios, no concedamos fácilmente que sabemos las cosas, que sabemos qué es ser esto y ser lo otro, preguntémoslo, con tal que lo hagamos de buena fe. No para precipitar el juicio, la definición de última instancia.

Porque es verdad que estamos siendo juzgados; es verdad que nos hemos

erigido en severos, solemnes, implacables jueces los unos de los otros. Y tenemos que dar cuenta de nuestros actos. Tenemos que decir quiénes somos, qué hacemos y qué somos. A cada paso nos lo preguntan —todos—, insistiendo particularmente en que digamos qué somos. Si no respondemos nos definen; no vale la callada por respuesta. Somos categóricos.

¿A qué obedece esta constante inquisición? ¿Este “proceso” —ya demasiado sutil, irónica, oblicua y dramáticamente señalado por Franz Kafka—, a qué obedece? Se pueden intentar varias respuestas, sin pretender agotarlas: a que el número de amos ha aumentado —sería una—; a que los mandatarios de esos amos son más agresivos, más celosos de velar por el bien ajeno, y a tal punto lo son que asumen no sólo el mandato sino la voluntad de los mandantes, siempre con el noble pretexto de trabajar por el bien mejor de todos, por poseer una mayor conciencia de la necesidad ajena que el propio “enajenado”, y así —el juego de palabras es viejo— de mandatarios pasan a “mandamases” como los llama, no sin recónditos regocijos cómplices, la voz popular. El hecho es que, por ejemplo, se pagan impuestos y contribuciones y con ellos se pagan las instituciones nacionales, las instituciones del Estado, las universidades, y cabe que los contribuyentes pregunten por el uso que se hace de sus dineros.

No está mal.

No está mal cuando se pregunta, sobre todo, por la utilidad —sentido, sería mejor— de nuestras acciones.

Otra respuesta. Las masas han llegado con relativa proximidad a nuestros días a tener oportunidades —que ellas han conquistado— de obtener una educación superior, como no ha habido precedente en la historia de la humanidad. El acceso a la Universidad ha sido multitudinario, pero mínimo comparado con el acceso a la radio, a la televisión, a la cinematografía, a los periódicos, a los mismos libros, todos ellos fuentes o transmisores de cultura y de información, dándose simultáneamente, en una misma comunidad de estudio, los grupos más selectos por su preparación e información y los que tienen sólo un barniz cultural; en la calle ocurre, en mayor contraste, lo mismo. Y sin embargo todos tienen el mismo derecho a saber, y aunque no lo ejerzan, tienen el mismo derecho a opinar y las opiniones, si no hacen juicios, hacen prejuicios. De aquí, también, la necesidad de explicar, de ser obvios, de decir y de preguntarse para qué sirven las cosas, por qué son útiles, por qué son necesarias para satisfacer necesidades inmediatas o mediatas. Es, entre otras, una necesidad explicar el saber.

En su lucha contra la intemperie —como gusta llamar Alberto Barajas a la historia de la cultura—, el hombre ha creado una segunda naturale-

za, la civilización. Esa naturaleza requiere en más de un sentido y en más de una ocasión, las manos de los expertos para ser manejada, y los conocimientos del hombre se han acumulado de tal manera y se han vuelto mágicos —en más de un aspecto, con desmedida frecuencia— y caducan y son sustituidos en determinadas ramas por otros, tan súbitamente, que no deja de ser curioso este tiempo que, habiendo nacido de la libertad científica y que sustenta aún el principio de la libertad de crítica y de examen, está incurriendo en el dogmatismo para la conducta y la convivencia diaria; está dejando que se desarrolle el misterio y está creando unos grupos de especialistas —cada día menos especialistas de todo— y el resto de profanos;<sup>2</sup> y esto está despertando la desconfianza, y la desconfianza y la suspicacia obligan a inquirir aunque suelen conformarse con las declaraciones y no con respuestas, lo que sería más sensato.

Y esto también obliga a ir a lo obvio. Se dirá: pero la profesión de periodistas ¿qué tiene que ver con esto? Mucho; por un lado, enjuicia, por el otro es juzgada. Pero, además, el periodista puede ser el gran responsable, pues, precisamente, la prensa es uno de los instrumentos para enjuiciar. De ahí la necesidad de una prensa ilustrada que enseñe y defienda, que haga pensar y no sólo zozobrar sobre las preguntas que formule.

Volvamos un poco a la Universidad. Nadie podrá disputarle la obligación que tiene de formar profesionales, pero sí podrá preguntarse si los puede formar en el periodismo. No quiero dilatar la respuesta. La formación profesional universitaria no puede sustituir, ni aspira a ello, el ejercicio profesional y es de éste de donde deriva el verdadero profesionalismo. Pero la Universidad no tiene por objeto sólo la función docente en este sentido; tiene el deber de practicar y desarrollar la investigación científica, de difundir la cultura. Y en el campo docente, más que a dar una profesión aspira a dar la base intelectual, cultural y moral, para que esa profesión —u otra— (la vida es larga y existen los libros, el hacer diario, que se torna en experiencia y conocimiento); para que esa profesión, digo, sea ejercida con aptitud y acierto. Para ello, a mi juicio, la Universidad debe enseñar tres cosas fundamentales a sus estudiantes: a estudiar y aprender (en las aulas, pero más aún en los libros y en la propia vida); a dudar, con un procedimiento crítico que compruebe eficientemente el conocimiento con el pensamiento y a la inversa, y finalmente —virtud moral— a decidir aun por encima de la duda. No pretende competir (menos aún susti-

<sup>2</sup> O lo que es peor, la marcada dualidad simultánea y categórica de especialista y profano en un mismo ser.

tuirlos) con el taller, con el laboratorio, con el bufete, con el consultorio... con la redacción de un periódico.

No quiere, no debe querer, que el estudiante viva toda su vida, agote todas sus inquietudes, conozca toda la ciencia, en los años de aprendizaje. Quiere que estos años le sirvan para proyectar y vivir la vida, para encauzar sus inquietudes, para que sepa que la ciencia y el mundo —como la vida de cada persona— no están hechos, no están acabados, sino que están haciéndose, cambiando todos los días.

Y para terminar con esta introducción de preguntas y respuestas, que no tienen por objeto dar respuestas totales, sino provocar a ustedes hacia nuevas y mejores reflexiones; una cosa más en abono de la necesidad de ser obvios. Hemos hablado del derecho de información. Acaso no lo hayamos hecho y creemos ahora haberlo mencionado. Esto no extrañará entre periodistas y aprendices de periodistas. El derecho a la información es una de las bases —por no decir la base— de su profesión. Es también una de las necesidades que hay que satisfacer mediante el periodismo; en él, como la multitud de amos (ciudadanos) que hoy día presiden —afortunada, si desordenadamente, la vida del mundo—, como las masas que —también por fortuna— hoy día tienen acceso a la educación superior, se apoyan las inquisiciones que a veces perturban a los profesionales embebidos en sus tareas, que a veces los incomodan.

Es —el derecho a la información— otra de las causas que nos obligan a ser obvios; pero este derecho, como los no menos humanos de expresión y pensamiento, ha de ejercerse si quiere conservarse, y las penas que nos dé su ejercicio torpe bien valdrán por los beneficios que nos depara.

Los derechos humanos no tienen instrumento coercitivo destinado a que los hombres cumplan con las obligaciones que entrañan. Tanto peor, porque la pena existe aunque no esté basada en el derecho, sino en los hechos, a las veces brutales; si dichos derechos no se ejercitan, si no se practican, corren el riesgo de ser conculcados; de ser arrebatados, y aunque para el Hombre —con mayúscula— no se extingan, para los hombres concretos, por generaciones, pueden extinguirse. ¿Qué mayor pena?

Los derechos humanos se integran unos en otros, forman en rigor el derecho del hombre, y no se conciben por separado. El derecho a la información es uno de ellos. Al periodista toca, primordialmente, ejercerlo.

¿Es nacionalmente útil la carrera de periodista? A ustedes toca responder. No ahora, con el tiempo. “Por sus obras los conoceréis”, dicen las Escrituras.

*Breve historia.*

La historia del periodismo ha tenido una vida vertiginosa. Hay quienes piensan que es la misma historia del hombre, por la necesidad —según parece congénita— que éste tiene de la información, de la comunicación: así, consideran que desde la época de las cavernas hubo periodismo, que lo hubo en Grecia y en Roma, y por un decir atribuido a Voltaire, se ha hablado mucho de un vetusto periodismo chino. Esto es una confusión lamentable: la identificación de la necesidad con el bien que finalmente la satisface. La necesidad de información, de comunicación, podemos convenir que sea congénita al hombre. Ahí radicaría la base de ese derecho natural que es el humano derecho a la libertad de expresión y de información.

Pero la historia del periodismo —como lo concebimos ahora se remonta a unos cuantos siglos— y ella, si reconocemos como partes de un todo los gérmenes y los frutos tardíos, está estrechamente vinculada a la historia de la imprenta y de las vías de comunicación. Es una historia de unos cuantos siglos —cuatro, cinco—, verdadero guiño de la historia, y dentro de este período se desarrolla y se complica vertiginosamente, yendo desde la escualida hoja volante, hasta la voluminosa tirada de los diarios que en este siglo han alcanzado, al tiempo que un formidable número de ejemplares por tiro, espeso número de páginas, para acabar de nuevo en la escualidez de los diarios europeos, vivo vaticinio del futuro de los periódicos de papel. Y esto ocurre en el momento en que la técnica, ese aliado portentoso del diario, ha puesto a disposición del hombre otros medios de comunicación —la radio, la televisión, el cine—, que lo acercan de nuevo a sus primitivos medios de expresión oral y por imágenes. ¿Habremos vivido sólo un intermedio brevísimo de cultura escrita común, para regresar de nuevo a la comunicación oral? No respondamos a esta pregunta, pero tomémosla en cuenta.

¿Qué ha pasado en la vida del diario en todos estos años? Se ha ido de la empresa personal a la colectiva y anónima. Las agencias de noticias han proliferado. Lo sencillo se ha vuelto complejo. Los diarios han hecho y deshecho revoluciones. Tienen multitud de enemigos —aun entre quienes les declaran su amistad— aun entre quienes los poseen. ¿Es para este periodismo de papel para el que se van a formar periodistas? Sí, para él y para todos los que sean posibles. Para el periodismo de papel porque, pese a los síntomas decadentes que ofrece en varias naciones —sobre todo europeas—, no por su estilo —muchas veces maestro— sino por sus me-

dios, es aventurado predecir su muerte, más asegurarla con certeza, y porque es, a querer o no, el periodismo clásico; el periodismo que ha acumulado la mayor experiencia, y finalmente el que de seguro se habrá de ejercer durante muchas generaciones.

Ésta es la pequeña historia, sin fechas, sin nombres, del periodismo. Una hoja suelta que crece en tamaño, que se dobla, que así aumenta sus páginas, que de los sucesos extraordinarios pasa a los comunes, que de la fantasía pasa a la realidad, que de ésta se inclina a la revolución, para dividirse después en una multitud de expresiones: oficiales, independientes, conservadoras, progresistas, revolucionarias, libres —a veces paradójicamente libres, como cuando el Duce, al declarar la imposibilidad de la divergencia de criterio en la prensa fascista no vaciló en afirmar entusiasta: “La prensa fascista es la más libre del mundo”. La prensa —he aquí cómo se identifica, sin que nadie lo advierta, el periodismo con la imprenta— ha librado más de una noble batalla por la libertad, por la libertad de expresión, por la de pensamiento, por la de información; pero también ha estado contra la libertad. Así, por ejemplo, las agencias periodísticas, temerosas del periodismo o diarismo radiofónico, se las arreglaron para controlar la información: ya no se trata de informar sólo por satisfacer la necesidad de información de los hombres; los hombres que hacen la información, que la venden, tienen también otras necesidades que llenar: los dividendos, ¡hay que pagar los dividendos!, los salarios, hay que pagarlos, los créditos.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> “En el Colegio de Ciencias Sociales de París —escribe Azorín en 1936— se han profesado unas lecciones acerca del periodismo; se publican ahora en volumen. Se titula el libro *Le journalisme d'aujourd'hui*, el periodismo del día. Se examinan en estas páginas cuestiones interesantes del arte periodístico; acerca de la información, de las *interviews*, de las falsas noticias, por ejemplo; se leen en el libro observaciones curiosas. Pero tal vez lo más interesante sea lo que se dice del dinero en relación con los periódicos. El periódico se ha convertido en una gran industria; un gran periódico representa un capital considerable. Al aumentar enormemente la suma de lectores, al ensanchar los periódicos gigantescamente su radio de acción, se había de crear toda una poderosa industria. Una industria que, a su vez, se halla engarzada con otras industrias, tales como la fabricación de papel o la de tintas. Necesitándose grandes capitales para la creación de un periódico ¿no habrá de influir el capitalismo en la marcha de un periódico? Creado por el capital, ¿no habrá de servir el periódico los intereses del capital? Cuando se contesta con la afirmativa a estas preguntas, no se está en lo cierto: uno de los escritores que figuran en el volumen citado niega la influencia de que hablamos... ‘hay gentes ricas que tienen ideas generosas...’, puede ser que un periódico de izquierda marche bien, remunere su capital, y el capital no pide otra cosa, en suma, sino esa remuneración”.

Pero no sigamos. No se trata de recriminar, simplemente, de acotar (siquiera caricaturescamente) el panorama que ofrece el trasfondo.

Pongan los nombres extraños fuera del marco que se hayan figurado, sustitúyanlos por nombres comunes en México hoy día y tendrán, punto más o menos, el esquema del periodismo mexicano. Desde la primaria hoja impresa en casa de Juan Cromberger, por Juan Pablos y sus oficiales (pleno siglo xvi), hasta los diarios nacionales impresos en cualquiera de las rotativas del barrio de los periódicos, que tiene en Bucareli su eje.

### *Imaginación.*

Las universidades, las secretarías de Estado, las instituciones descentralizadas, las cámaras industriales, las comerciales, las industrias y comercios poderosos, en México, casi todo el mundo publica revistas, periódicos, boletines. Quienes informan, necesitan informar. Que hay una bolsa de valores: hay que hablar del mercado de valores; que hay un banco de comercio exterior: hay que hablar del comercio exterior. Que hay un ejército: hay que hablar del ejército; que hay una conferencia patronal: hay que hablar del obrero, del espíritu, de los líderes obreros. De todo hay que hablar y escribir. Una revista es lo que hace falta. Es lo primero que se piensa, lo primero que se necesita, en cualquiera agrupación, en cualquier conato de asociación, y es lo primero que nace y vive milagrosamente y muere (pero esta es la realidad, y estamos en la imaginación).

El periodismo radiofónico, el televisado, el cinematográfico. Los famosos noticieros, necesitan periodistas y los hallan, o los hacen, los improvisan. Es aquí donde interviene la escuela, como posible formadora de los hombres que se necesitan para escribir de tantas cosas, para tantas cosas.

La Escuela que debe intervenir para formar con base en la experiencia acumulada, en aquella, no poca, que se puede transmitir como ciencia, como técnica.

Pero ¡ay de la Escuela que intente transmitir toda la ciencia acumulada, en unas cuantas horas de clase, en unos cuantos años de estudio, en los aspirantes a una profesión determinada! Esa escuela será sólo formadora de magos, de brujos, o con un lenguaje más habitual, de pedantes.

La Escuela no sólo no debe pretender esto, ni siquiera en el caso de poder reducir a síntesis magistrales los conocimientos adquiridos, sino que debe luchar consigo misma, para evitar en los educandos la idea tan común de que la ciencia y el conocimiento están ya hechos. Debe en cam-

bio, y muy particularmente en una enseñanza de periodismo, formar los hábitos que lleven a la posibilidad diligente de aprehender los datos en que se sustenta toda información, y a entrenar a los estudiantes para que reflexionen sobre ellos, los discutan, critiquen y conviertan en verdaderas armas de conocimiento para una acción que en su tiempo proporcionaría nuevos datos, invitando a nuevas reflexiones. La Escuela no hará nunca hombres geniales con este método (¿con cuál se hacen?), pero tampoco producirá eruditos a la violeta y sí buenos profesionales, buenos aspirantes a ser profesionales —en su tiempo, en el ejercicio cotidiano del oficio.

De hacerse esto se advertirá que el método del periodismo no difiere esencialmente de los métodos científicos, destinados a averiguar y exponer la verdad. La diferencia radica en todo caso en la materia a la que se avoca esta averiguación y su expresión concurrente: una materia aceleradamente notable y contingente, cuyo valor sustancial suele ser relativo y efímero, aun cuando visto a distancia, por el historiador y el sociólogo, por el pensador y el artista puede ser esencial y trascendente.

Quienes plantean la duda de que estas técnicas se puedan enseñar, parten de que son virtudes innatas. Observan la obra madura, pinacular de los periodistas.<sup>4</sup> No han querido descubrir el proceso de su formación ni creer que éste no termine hasta que el hombre no haga su última acción.

<sup>4</sup> Un gran periodista católico —Luis Veuillot— ha definido al periodista en pocos y esenciales rasgos: 'El talento del periodista —ha dicho este verdadero maestro del periodismo—; el talento del periodista consiste en la prontitud, el rasgo y, ante todo, la claridad. El periodista no dispone más que de unas cuartillas y de una hora para exponer el problema, batir al adversario y dar su parecer; si escribe una palabra que no sea eficaz, si escribe una frase que el lector no comprenda inmediatamente, ese periodista no sabe su oficio. Que se apresure; que sea límpido; que sea sencillo. La pluma de un periodista goza de todos los privilegios de una conversación atrevida; debe el periodista usar de esas prerrogativas. Pero nada de énfasis: sobre todo, que no caiga en la tentación de buscar la elocuencia'. Así ha hablado un maestro. ¡No usar, no buscar, no ansiar la elocuencia! La elocuencia es la enemiga capital del buen periodista. Y ¿quién le habrá enseñado al periodista esas cualidades esenciales que el maestro francés expresa en su definición? ¿Cómo aprender, en una escuela, la rapidez, la intuición repentina, el sentido de la actualidad, la serenidad dominadora en la polémica, la gracia y el ingenio que van ocultando la lección moral en un breve artículo, y van poco a poco descubriéndola, hasta llevar dulcemente al lector hasta el final, es decir, hasta las conclusiones que deseábamos hacerle abrazar e inculcarle?...

Y si esas cualidades son innatas, no se enseñan, ¿cómo podrán, tampoco enseñarse las excelencias que debe reunir en su persona un organizador de periódicos...? Azorín, 1928.

La Escuela debe *disponer* al aspirante a poder hacer, y reducir al menor tiempo posible el proceso de aprendizaje, enseñando lo básico, preparando al estudiante para saber aprender lo fundamental.

*Intermedio.*

Ahora, un breve intermedio. En él se exaltan las virtudes del pequeño diario, el que puede oponerse al diario teratológico; al que hoy día quiere darlo todo a todos. Es el diario fundamental, noticioso y reflexivo; lo elogia Alfonso Reyes, y podría ser ideal no sólo para hacerlo en papel, sino a través del aire, o de las imágenes, combinando algo aquí y allá. Transcribo palabras del maestro:

Bajo la palabra de Gracián —“Más obran quintaesencias que fárragos”, o bien: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”— salió el pequeño diario a enriquecer el ambiente periodístico, con esa nota de epigramática rapidez que va siendo propia de nuestro tiempo. La abominación por los “desarrollos” es hoy discernible en toda literatura. Este diario viene a ser, por esa tendencia a la síntesis, el periódico —digamos— posterior a Apollinaire.

Quien tuvo la feliz idea de darle esa forma apretada y breve, obligando a los redactores al buen estilo de las palabras indispensables (“Toda abundancia es estéril”, decía Mallarmé), sabe seguramente que no todo lo que sucede es digno de memoria, como sabe el buen pintor que no todo el campo es paisaje, como sabe Sancho que “no todo el monte es orégano”.

“Despojar, abreviar, depurar ¡qué grata y agradecida tarea! Escribir por el otro cabo del lápiz, es decir: borrando las más veces, ¡qué espléndida disciplina para el que redacta y para el que lee! ¡Qué alivio, qué higiene mental! Y si a esto se añade el interés fotográfico, el disparo de la noticia que entra, de golpe y de una vez, por los ojos, ya está logrado el milagro.

El ideal del periódico debiera ser tender siempre a *leerse solo*. Y esto se logra con la balanza de precisión, con la dosificación exacta de las únicas calorías que hacen falta para que cada palabra nutra su idea, pero sin volverla adiposa. A cada plana, un sabor propio: a cada grado de interés otro tipo de título: a cada sitio en la columna, otro valor jeroglífico. Los grabados, que siempre revelen el pulso, el ápice de cada suceso. . . ¡Y soñemos! Soñemos con el diario de geometría perfecta en que el solo lugar donde se da cuenta de las conversaciones sobre Tacna y Arica, por ejemplo, sea un indicio cierto del estado de la cuestión. Un rápido vistazo, una rauda percepción de las proporciones respectivas de ordenada y abscisa en que cada asunto se sitúa, y ya está todo entendido, a través de la sola intuición de espacio. En este sentido, el periódico, con su plaza abierta

de páginas y sus avenidas en columna, ofrece mayores posibilidades que el libro...<sup>5</sup>

*Y realidad.*

Pero volvamos a nuestro discurso. Según las estadísticas tan sólo de agosto de 1953 a marzo de 1957, se autorizaron en las administraciones de Correos de la República 683 publicaciones periódicas. De ellas, 47 son diarios, 1 pentasemanal, 1 interdiario, 1 trisemanal, 14 bisemanales, 62 bimestrales, 2 trimestrales.

Por los temas que tratan, estos periódicos se dividen así:

Periódicos de información .....	420
" católicos .....	59
" de historietas .....	35
" de literatura .....	20
" culturales .....	14
" de propaganda .....	10
" humorísticos .....	10
" cancioneros .....	10
" de deportes .....	8
" de orientación .....	5
" estudiantiles .....	8
" de variedades .....	6
" políticos .....	5
" de acción cultural .....	5
" órgano oficial .....	1
" de técnica agrícola .....	2
" información regional .....	2
" sociológicos .....	1
" bancarios .....	1
" económicos .....	2
" avicultura .....	1
" higiene .....	1
" aviación .....	1
" cuentos .....	1
" comerciales .....	3
" mutualistas .....	1

<sup>5</sup> Alfonso Reyes, Elogio de un diario pequeño.

Periódicos	rotarios	1
"	de radio	5
"	médicos	1
"	ganaderos	1
"	campesinos	3
"	científicos	2
"	de crucigramas	1
"	pedagógicos	1
"	de lucha y box	2
"	taurinos	1
"	de peinados	1
"	marítimos	1
"	relojeros	1
"	cinagéticos	1
"	agropecuarios	2
"	turísticos	3
"	judiciales	1
"	masónicos	2
"	sindicales	4
"	de imprenta	1
"	protestantes	3
"	de modas	1
"	obreros	1
"	policíacos	2
"	gallísticos	1
"	veterinarios	1
"	de cultura física	1
"	de información artística	1
"	filatélicos	1
"	biográficos	1
"	boletines	2
"	de novelas	1

Varios son de organismos culturales, deportivos, científicos; otros sirven una información gremial y privada. Todas las corporaciones que los producen necesitan periodistas. Es decir, personas que sepan escribir, informar escribiendo, que sepan obtener la información, analizarla, criticarla, reflexionar sobre ella. Los necesitan en mayor o menor medida, más o

menos especializados. Pero muchos de ellos carecen de los periodistas que necesitan.

Las anteriores afirmaciones pueden despertar sonrisas al cotejarse con los datos transcritos. Y nos encontramos, de nuevo, ante la realidad. Pero esta realidad es, precisamente, la que hay que combatir, la que hay que transformar.

Porque, decíamos antes, el periodismo se basa en un derecho humano inalienable (cabría decir dos: el de información y el de expresión) y si partimos de que todos los derechos completos traen consigo un deber, todos los hombres acreedores al derecho deben ejercerlo de una manera activa: produciendo información y expresión libremente; o pasiva, recibiendo con no menos libertad esos productos. Lo anterior significaría que el profesional del periodismo no podría nunca excluir por ese hecho al ciudadano del ejercicio en el terreno de la libre información o expresión, sino condicionar con su acción eficaz y poderosa, los caminos mejores para que el derecho se ejerciera libremente en un nivel adecuado.

Se habla mucho en nuestros días de la libertad. Se dice con exceso —aunque esto sea cierto— que ésta es violentada, por el Estado, por las organizaciones públicas o privadas, y en contra de las personas; pero no se insiste lo bastante en que las personas acaso no ejercen con decisión suficiente su libertad. La prensa, el periodista, deben contribuir de manera eficaz a hacer que los hombres participen más responsablemente en el ejercicio de su libertad; este ejercicio de la libertad personal es lo único que puede contrarrestar, de una manera cotidiana, de minuto a minuto, el poder que la organización social contemporánea tiende a concentrar de una manera natural en unas cuantas personas, para que la organización pueda funcionar. Esta responsabilidad y esta libertad personales pueden, sin embargo, funcionar concurrentemente al orden y al poder, en la medida en que se basen en el conocimiento y en la razón, en la medida en que consideren los fines comunes, para proseguirlos o para impedirlos, mediante la disuasión y la disensión.

Lamento que este discurso haya tomado más por los caminos de la moral práctica, que de la teoría o de las práctica mismas, y lo lamento porque ya es tiempo de terminar, aunque en realidad no se haya empezado. Paso, así a hablarles sólo de un último aspecto:

*El tiempo, el periodismo y el Ecclesiastés:*

Si todas las profesiones humanas, como humanas, son temporales, quizá no haya ninguna más vinculada con el tiempo y con lo efímero, que la

de periodista. ¿Cómo sabrá el periodista discernir entre la multitud de sucesos que ocurren a cada instante cuáles son los que merecen recordarse, siquiera de un día para otro? Quien teme que la educación no pueda adiestrar a las personas para el ejercicio de una profesión, responderá sin duda que ésta es una virtud innata. Es posible, lo mismo se dice de los poetas; pero García Lorca, uno de los más grandes de todos los tiempos, solía decir: "Dicen que soy poeta por la gracia de Dios, o del diablo, agrego yo; pero lo cierto es que me ha costado mucho trabajo, muchas horas de estudio, llegar a ser poeta". Si esto lo pudo decir de la poesía un poeta, ¿no se podrá decir lo mismo del periodista? El error consistirá en creer que el periodista pueda salir hecho y derecho de una escuela (o de un periódico); lo único que está totalmente hecho en la persona es su vida, cuando se muere. No antes. Pero para no seguir hablando un lenguaje vago, lo diré de esta manera: Ortega y Gasset decía que el hombre debe estar, como el atleta, constantemente en forma para enfrentarse a sus circunstancias; el periodista debe tener el dominio básico de las formas y técnicas que ha de emplear; debe tener, también, los conocimientos fundamentales, que no son tantos como la pedantería tiende a suponer, que le permitan, con destreza, saber aprender y aprehender cosas nuevas, aun desconocidas para él. Estas técnicas y estos conocimientos fundamentales son los que, con métodos adecuados, puede proporcionar más fácilmente la escuela que el taller.

Pero ¿qué tiene que ver el periodista con el *Eclesiastés*? Nada más que en esas páginas bíblicas se describen de manera admirable los tiempos posibles que pueden tocar a un hombre:

Para todas las cosas hay sazón, y todo lo que se quiere debajo del cielo, *tiene su tiempo*:

"Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;

"Tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar;

"Tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;

"Tiempo de esparcir las piedras, y tiempo de allegar las piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse de abrazar;

"Tiempo de agenciar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de arrojar;

"Tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar;

“Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.”

A ustedes toca decidir, escribir sobre el tiempo que les tocó vivir. Háganlo con lealtad a sus ideas fundamentales, con referencia a la información más amplia que puedan allegarse, con la conciencia de que están ejerciendo un derecho que si, como lo he afirmado y sucede, es común a todos los hombres, no todos lo practican de una manera cotidiana. Y si hacen esto, serán buenos periodistas, y la carrera de periodista tendrá sentido y será útil nacionalmente.

Así, llegamos de plano al final:

La utilidad de la carrera en la Universidad está en función directa de la posibilidad de que a través de ella se formen buenos periodistas. Tan buenos que no necesiten su “título” —esa sí utilidad mezquina y mediocre— para imponer su trabajo en el mercado profesional. O si quieren ponerlo ustedes (sobre todo los jóvenes, entusiastas del futuro y de lo que hay por hacer), de una manera positiva, en lugar de la negativa que he empleado, periodistas que sean tan capaces que acrediten sus títulos ante quienes tengan otros, no menos válidos si igualmente eficaces, como pueden ser la tenaz improvisación, el autodidactismo y la práctica, el aprendizaje en el ejercicio del oficio y en el echando a perder, y que sin embargo han dado al periodismo en México y el mundo, momentos ejemplares de profesionalismo y de ética, de donde proviene la escolaridad actual de la carrera, la experiencia que la nutre, el saber acumulado que la justifica.